

De los Días Perdidos.

682.697

El Arbol Solitario

Fra una tarde de domingo. El almuerzo había sido abundante y bien regado. Como debe ser cuando se trata de "atender" a una visita agradable, a un viejo amigo. En este caso, al mejor amigo periodista provinciano, con el que había compartido mis primeras tentativas de "chico de la prensa" en diarios y en publicaciones gremiales de circulación hebdomadaria. Hace, ahora, más de cuarenta años de aquellos días iniciales de periodista en el norte.

Ya dije que el almuerzo había sido copioso. Y para "hacerlo" acordamos salir a dar una vuelta por la Quinta Normal. Yo, entonces, vivía a una cuadra de esa hermosa parque santiaguino; esto es, por el lado de la puerta posterior que en aquellos tiempos tenía hacia la calle del Apóstol Santiago. Recorrimos varias avenidas, bajo la sombra acogedora de los árboles añosos, admirando los prados tapizados con sus largas alfombras de esmeralda, declumbrados con la hermosura de las flores, que parecían emerger del césped cual ofrendas de encendidos matices, abiertas frente al cielo. Arriba, en la enramada, los pajarillos volaban gajosos entre la fronda, jugueteando acaso, o tal vez haciéndose el amor.

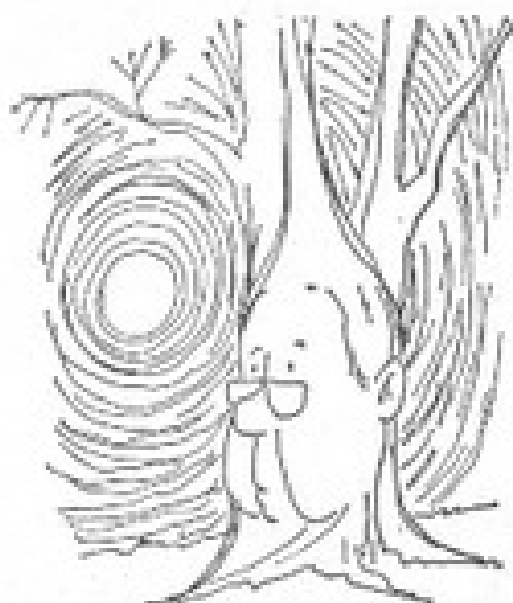
Nos detuvimos al lado suroeste de la cancha de fútbol y tomamos asiento en un viejo banco de madera. Mi acompañante no era otro que **Isidoro González-Zenteno**, escritor y periodista lequileo y Premio Municipal de Novela de Santiago. Al frente, a cierta distancia, se alzaba el árbol que ya he recordado en otros "días perdidos", al referirme a **Juan Darío** y "los normandos".

Yo estaba eufórico, loco, comunicativo. El vino blanco me había soltado la lengua y dispuesto mi ánimo para hacer aquella tarde la gran revelación de mi vida. Hasta entonces —hace tanto tiempo— a nadie había revelado mi secreto... Pero el árbol, mi "hermano" (que usted que me lee ya conoce), estaba allí cerca. Observándonos, no cabe duda: mirándonos, imponiéndose de cuanto hacíamos, de lo que habíamos en aquel momento, de lo que pensábamos...

—Es mi alter ego —eres que le dije con seguridad, aunque temeroso de tan peregrina confidencia. Esto, sólo él y yo lo sabemos hasta este momento.

La revelación fue larga y detallada. No sé qué me ocurrió aquella vez que me sentía impelido a contarle todo: el extraño encuentro con ese árbol solitario, meditabundo y de cara gris y empolvada, seguramente, por el matiz agostado de la tristeza, sus mensajes silenciosos de los atardeceres, los arcanos de su vida de tan limitadas expansiones, prisionero allí en el extremo de la cancha de fútbol...

González se impresionó mucho con mi extraña confesión. Conversamos bastante sobre ese hermano mío que sólo él había



blicado un cuento titulado "El hombre-árbol". El personaje central era yo, González, que tenía una memoria prodigiosa (cuando hacía entrevistas nunca anotaba nada), hizo un "retrato" fiel del Hombre-árbol que conociera una tarde en la Quinta Normal de aquellos años.

He aquí, a través de algunos párrafos de un extraño relato, cómo me vio el autor de "Los piratas del desierto" aquella vez: "...realmente costaba trabajo establecer si se trataba de un ser humano o del demonio. Sus largos brazos, estirados, a lo largo de su cuerpo, remataban en dos manos huesosas, descarnadas, con coyunturas como falanges de ramas de árboles, abiertas en abanico sobre sus rodillas. La cara alargada, de un color terroso, marfilado de verde y amarillo, y la nariz prominente. El morado opaco de sus ojeras, agrandaba la cavidad de sus ojos. Su cráneo era enorme, ancho, levantado en la parte superior del frontal. Las canas ya empezaban a decorar el marco de aquella fisonomía extravagante..."

Y al recordar el instante en que yo le había señalado el árbol, mi hermano continúa: "En el momento mismo de individualizarlo, no experimenté ninguna emoción sin embargo, transcurridas algunas fracciones de tiempo, me di cuenta de que no se trataba de un árbol común. Algo emanaba de su tronco y de sus ramas; una atmósfera de duelo, de soledad y de recogimiento lo envolvía.

"La plaza no estaba sola y, sin embargo, ¿sería necesario repetir que el árbol lo estaba inmensamente? Sí, un aislamiento total lo rodeaba. Su campana de aire, si se me permite la metáfora, lo acorazaba contra el mundo exterior. En el amplio círculo de su influencia no crecía ni un arbusto, ni una

El árbol solitario [artículo] Homero Bascuñán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bascuñán, Homero, 1901-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El árbol solitario [artículo] Homero Bascuñán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile